

ANTONIO CARRILERO

En pocos años, la obra de Antonio Carrilero (La Roda, Albacete, 1936) ha dejado de ser una promesa para convertirse en una pujante realidad. De aquellos paisajes primerizos de los años cincuenta, en los que se adivinaba una admitida presencia de Benjamín Palencia, su maestro y amigo, Antonio Carrilero fue pasando a su propia pintura personal, inconfundible, que hoy nos llega a través de sus estampas de campos y pueblos, de sus bodegones y retratos, de sus interiores, sus flores, sus figuras. Todo cuanto se ha descrito sobre él debe revisarse sobre una pintura que rompió definitivamente con cualquier tipo de influencia o atadura para volar libremente. Incluso entre su última exposición y la actual hay diferencias notables en lo que se refiere a la soltura de la pincelada y la acentuación del color.

La hay entre esa corrida de pueblo (tema que ha pintado en otras ocasiones) y la que ahora nos ofrece, más sobria, solanesca casi. Entre sus "Lirios en primavera". Que son los mismos de antes y, al mismo tiempo, no lo son. Entre las amapolas, los trigales, los almendros, los campos de su tierra y de todas las tierras que visita. Entre los jarrones con flores (una de sus especialidades) y los rostros de esos impecables y sueltos retratos femeninos. Carrilero ha alcanzado esa difícil maestría con los años y el esfuerzo, con un trabajo constante y tenaz, humilde y silencioso, apartado de la moda y de los ambientes donde brilla más el oropel de la apariencia que la verdad del arte.

Carrilero está ya al margen de cualquier discusión, como paisajista y como pintor. Está en ese punto en que la pasión de pintura apenas necesita el pretexto de un modelo para convertir en pintura lo que contempla, para que el más insignificante pequeño formato nos transmita el mensaje, grande y elevado, de la verdadera pintura.

Javier Rubio
ABC de las artes, 22-4-94